

Capítulo 1

(Segunda parte)



The illustration before page 77 in book 1 of the 1889 edition of *The Hunchback of Notre Dame*.

El entusiasmo es general. Hay en la plaza tal cantidad de rostros feos, que se puede esperar una competición muy animada.

La sala se vacía en una abrir y cerrar de ojos. Gringoire, estupefacto e indignado, ordena con coraje a sus actores que continúen ¡pero se queda él solo como espectador de la obra!

Entre tanto, la muchedumbre se dirige hacia la pequeña capilla del Palacio de Justicia, que se convierte en el teatro de las muecas; un rosetón roto se transforma en un marco de piedra ideal para hacer pasar por allí las cabezas. Los concurrentes se alternan rápidamente en medio de las aclamaciones hasta el momento en el que, en el círculo de piedra, se ve aparecer un rostro grotesco, que es la encarnación de la fealdad perfecta: una boca como una herradura, el ojo izquierdo obstruido por una ceja roja y el ojo derecho escondido bajo un enorme verruga, los dientes desordenados y cascados. En la sala, la muchedumbre desborda de entusiasmo:

- ¡Increíble! Qué fealdad tan sublime.
- ¡Qué horror! ¡Nunca se ha visto nada más feo! Merece el cetro del Papa de los locos.
- ¡Éste es el más loco! Sacadlo de ahí. Es necesario prepararlo para la fiesta.

La sorpresa es todavía más grande cuando la gente se da cuenta que esta mueca es su verdadero rostro, colocado en una cabeza desmesurada, llena de cabellos desordenados, acompañada de una joroba enorme, con piernas que no se tocan más que en las rodillas, con pies y manos monstruosos. Resumiendo, una especie de cíclope en un cuerpo casi tan ancho como alto, pero al que no le falta vigor ni agilidad. Los hombres encuentran todo esto muy divertido, mientras que las mujeres están horrorizadas.



www.theartofdavidcurtis.com/.../Quasimodo.JPEG.

David Curtis, 1984

- Pero, si es Quasimodo, el jorobado de Notre-Dame, el hombre que toca las campanas.
- ¡Viva el Papa de los locos! ¡Viva, Quasimodo!